

ÍMAC XIOM

EL
MÁS
ALLÁ,
ESE
DESCONOCIDO

El gozo de la esperanza

ÍMAC XIOM

EL

MÁS

ALLÁ,

ESE

DESCONOCIDO

El gozo de la esperanza

Puesto que la edición de este libro es particular, bajo
ningún concepto puede destinarse a la venta

Cataluña, 2013

Ímac Xiom (escritura)
Sèllav Évilo (diseño de la cubierta y maquetación)

**El más allá,
ese
desconocido**

(El gozo de la esperanza)

ÍNDICE

	Página
Introducción	7
Experiencias en el umbral de la muerte	13
Reflexiones sobre la muerte	29
Consideraciones generales	31
El duelo	36
¡Al fin, libres!	42
El más allá	45
El infierno	54
El purgatorio	59
El cielo	62
Epílogo	65

(Se aconseja leer este libro en el mismo orden en que está escrito)

INTRODUCCIÓN

En palabras de un amigo poeta, *la esperanza convierte nuestra alma pálida y triste, de soledad estéril, en fértil lluvia*. Hermana inseparable de la fe, la esperanza culmina la búsqueda de Dios y abre la puerta del más allá. Incapaz de traspasar dicha puerta en vida, pero creyendo que «el más allá» ya comienza «aquí» —esta afirmación aparecerá en diversas ocasiones—, en el presente libro se contemplan tres momentos claramente diferenciados entre sí, pero estrechamente relacionados. En primer lugar, a modo informativo, hablo de las experiencias en el umbral de la muerte, es decir, de hechos que constatan ciertas personas que han «ido y vuelto» del más allá. A continuación, trato del tema de la muerte en sí mismo, exponiendo una serie de consideraciones que creo que pueden ser útiles a todo aquél que haya sufrido la pérdida de un ser querido. Finalmente, termino relatando lo que soy capaz de imaginar respecto al más allá. Y todo ello desde una perspectiva creyente, y a tientas, puesto que no puedo

demostrar absolutamente nada, ya que el saber pertenece a la ciencia, y la única relación del ser humano con Dios solo puede establecerse a través de la fe. Si alguien cree poder probar la existencia de Dios o explicar qué es Dios –ya lo dijo san Agustín– es que no está hablando de Dios, porque Dios, para el hombre, representa un límite que nunca podrá ser traspasado en esta vida. ¿Luz?, ¿amor?, ¿energía?, ¿fuerza?... No hay palabras para definir lo que es humanamente indefinible.

Por otra parte, creo –i no puedo evitar decirlo– que el conocimiento y la divulgación de los fenómenos que se describen a continuación, y las conjeturas que se exponen sobre el más allá, en muchos casos pueden ser francamente importantes, tanto para enfermos graves como para sus familiares, aportando serenidad y coraje a todos ellos, en un momento tan trascendental como es la inminencia de la muerte.

Es evidente que los profesionales sanitarios, al margen de sus creencias religiosas –o incluso si carecen de ellas–, deberían poseer una formación apropiada en este campo, a fin de poder asistir mejor a enfermos terminales.

De todas formas, si hablamos de la esperanza, es lógico e inevitable formularnos un par de preguntas básicas: «¿es posible creer en un mundo mejor?» y «¿qué nos aguarda tras la muerte?». Respecto a la primera cuestión, mi respuesta es plenamente afirmativa; creer en un mundo mejor no ha de ser en modo alguno una utopía, especialmente para los creyentes. Pero no pretendo ahora ni aquí aportar argumentos a favor de mi convencimiento. Solo me atrevo a afirmar que nadie espere que este mundo mejore por arte de encantamiento –no olvidemos que la vanidad, el egoísmo y la codicia representan el pan nuestro de cada día–. Ningún conjunto puede mejorar si no lo hacen sus partes. Y, en este caso, el conjunto es el mundo y las partes es cada uno de nosotros.

En respuesta a la segunda pregunta, solamente puedo decir: ojalá que las hipótesis de lo que sucede durante y tras la muerte –y que modestamente se plantean en este libro–, sean semilla de consuelo y reflexión.

**EXPERIENCIAS EN EL UMBRAL DE LA
MUERTE**

Confieso que, por el momento, nunca he visto desde el techo de un quirófano mi cuerpo inerte, inconsciente, tendido encima de una mesa de operaciones, con médicos, enfermeras y otros profesionales médicos a mi alrededor, tratando de evitar lo que parecía inevitable.

Tampoco he experimentado ninguna visión retrospectiva acelerada de mi vida, ni he «viajado» a lo largo de un túnel donde, a pesar de la oscuridad, se podían reconocer figuras de familiares o amigos queridos, especialmente recién fallecidos, los cuales, con actitud acogedora, parecían darme la bienvenida. Del mismo modo, no he podido observar o escuchar colores, imágenes o sonidos maravillosos; no he tenido percepción alguna del futuro ni he visto en la lejanía ningún resplandor celestial que me atrajese con una fuerza irresistible de paz y amor.

Por lo tanto, no he tenido que soportar la incredulidad o la burla de aquellos que, desde su desconocimiento, piensan que todo es tan solo una alucinación, una fantasía fruto de la imaginación de personas que han tenido una experiencia en el umbral de la muerte y eso es todo, o simplemente que mienten para presumir. Muy a menudo, donde la prudencia y la moderación andan de puntillas, la ignorancia va al galope.

En primer lugar, sería conveniente ponernos de acuerdo en qué se entiende por «la muerte», más allá del cese definitivo de la vida de un ser –en este caso– humano.

Hay que tener en cuenta que el concepto de «muerte clínica» nació a principio del siglo XIX, como resultado del desarrollo de la salud pública, así como también al objeto de evitar errores, tales como posibles entierros en vida. Fue a partir de entonces cuando se convirtió en obligatoria la intervención de un facultativo para emitir un certificado de defunción, siguiendo unos determinados criterios, que podrían resumirse en la comprobación de un estado de carencia de oxígeno en el cerebro, a causa de un paro cardiorrespiratorio, a

consecuencia de un ataque al corazón, de un accidente o –no tan frecuentemente– por otros motivos que no hacen al caso, pero que cualquiera de ellos puede conducir a un estado de coma. A partir de este momento, las células encefálicas sufren irremediablemente lesiones graves que, en el término de cinco o diez minutos como máximo, originarán la muerte cerebral. Sin embargo, cabría preguntarse si la muerte cerebral es realmente la muerte absoluta, entendida –tal como decíamos previamente– como el cese definitivo de la vida, incluyendo también la conciencia y, consecuentemente, considerando ésta como un mero producto del cerebro.

La respuesta a tal cuestión es que, según parece, la muerte cerebral no comporta necesariamente la pérdida de conciencia, puesto que existen numerosos testimonios que demuestran que, mientras ésta pervive, se goza de una percepción incluso muy por encima de lo que puede considerarse como «normal». Esto podría significar que el cerebro solo actúa como una especie de transmisor de la conciencia y que, por lo tanto, ésta puede seguir viva, manteniendo su capacidad más característica como es el hecho de reconocer la propia existencia y la del mundo

exterior, a pesar de que el cerebro deje de funcionar durante un espacio reducido de tiempo.

A pesar de que existe constancia escrita de que, siempre y en todas las culturas, personas de las más diversas condiciones han experimentado vivencias extraordinarias, especialmente en situaciones de grave peligro como, por ejemplo, el riesgo inminente de perder la vida, y que han sido calificadas con distintos nombres, tales como visiones místicas, iluminaciones, etc., solo hace unos treinta años que las experiencias en el umbral de la muerte son objeto de estudio. Además, también concurre la circunstancia de que los recursos para la reanimación de las unidades coronarias y de curas intensivas, cada vez son más sofisticados y están mejor equipados, lo cual permite que las personas que entran en coma tengan más probabilidades de sobrevivir y, de este modo, puedan relatar su experiencia, dado el caso.

Entre los numerosos y prestigiosos científicos que han investigado estos fenómenos, podemos destacar el eminente cardiólogo holandés Pim Van Lommel, uno de los especialistas más importantes, por el hecho de haber llevado a cabo una ingente recopilación de datos,

procedentes de personas que han vivido personalmente este tipo de experiencias, coincidentes todas ellas en los detalles más significativos, lo cual descarta por completo el factor casual.

Como ejemplo, dicho autor, en su libro *Conciencia más allá de la vida*, reúne numerosos relatos de experiencias extracorpóreas realmente impresionantes, como el caso de un hombre de cuarenta y cuatro años que fue ingresado inconsciente, en coma profundo, en la unidad coronaria de un hospital, en donde se le aplicó el correspondiente protocolo de reanimación, a base de respiración artificial, masaje cardíaco y desfibrilación. La enfermera responsable, al darse cuenta de que el hombre tenía la dentadura postiza, se la extrajo y la guardó en el depósito de emergencias, al objeto de poderlo intubar más cómodamente. Tras un largo espacio de tiempo intentando la reanimación consiguieron, si bien de forma parcial, que el paciente recobrase las constantes, y aún en estado comatoso, pudiese ser trasladado a la unidad de curas intensivas a fin de poder recuperarse totalmente. Al cabo de una semana el paciente, ya casi recuperado por completo, regresó a la unidad coronaria en la cual se hallaba la

enfermera que lo había atendido el primer día, y así que la vio le pidió que le devolviese la dentadura postiza. Con gran sorpresa, cuando le preguntaron cómo sabía que la enfermera le había extraído y guardado la dentadura postiza, el hombre explicó que desde el techo de la sala en la cual los médicos y el personal de enfermería luchaban para salvarle la vida, había contemplado todo cuanto sucedía e hizo una descripción minuciosa del lugar y las personas presentes y añadió que, a pesar de intentarlo, no había podido comunicarse con ninguna de ellas.

Otro testimonio –éste realmente sorprendente–, descrito por K. Ring y S. Cooper, es el de una persona invidente de nacimiento. Con una atrofia completa del globo ocular y el nervio óptico, era incapaz de distinguir ningún tipo de forma, color o imagen. Esta persona, a la edad de veintidós años, sufrió un grave accidente de tráfico, a consecuencia del cual se fracturó el cuello, diversas vértebras, una pierna, así como –lo más grave– la base del cráneo, lo cual le provocó una importante conmoción cerebral y un coma profundo.

Aun siendo ciega, aquella persona reconoció, a una cierta distancia debajo de ella, el vehículo accidentado, así como su propio cuerpo , el cual había sido trasladado en ambulancia a la sala de emergencias de un centro hospitalario en donde estaba siendo atendida por personal médico. Dedujo que la persona que yacía tendida e inconsciente encima de una camilla era ella misma, porque distinguió su anillo de boda, el cual hasta aquel momento solo conocía a través del tacto.

Cuando aquella persona «volvió» a la vida –y a su condición de invidente– relató con todo tipo de detalles lo que había visto a pesar de ser ciega: era capaz de contemplar cada uno de los objetos que había a su alrededor por primera vez en su vida. Al darse cuenta de que no podía comunicarse con ninguna de las personas que la rodeaban se preguntó a sí misma si ya había fallecido y si aquel cuerpo yacente había sido el suyo. Pudo atravesar el techo del edificio sin ninguna resistencia material; se sentía maravillosamente libre y distinguía figuras como si fuesen formas de luz, la luz que nunca había podido ver con anterioridad. Posteriormente, se reencontró con compañeras de escuela fallecidas en la infancia, pero ahora en la flor de

la vida, las cuales, sin mediar palabra, la acogían dándole la bienvenida; y más gente conocida y querida como, por ejemplo, su abuela, que precisamente hacía dos años que había fallecido, y que la esperaba para abrazarla. El final del relato finaliza como la mayoría: «regresando» al cuerpo material con gran dolor y pesadumbre, pero sin tener nunca más miedo a morir.

Otra persona que sufrió un paro cardíaco, explicó que se había encontrado con su abuela, la cual estaba acompañada por un hombre para ella totalmente desconocido y que, ambos, le mostraban un gran afecto. Una vez de regreso a la vida y transcurridos unos diez años, la madre de dicha persona, enferma de gravedad y ya en el lecho de muerte, le confió que su padre biológico no era el que hasta aquel momento había creído, sino otro con el cual había tenido una relación extramatrimonial y que ya había fallecido tiempo atrás. Cuando su madre le mostró una fotografía de su padre verdadero, reconoció sin ningún género de duda, al hombre que acompañaba a su abuela y que había visto diez años antes, durante su experiencia en el umbral de la muerte. Este último testimonio tiene una importancia especial por el hecho de invalidar el argumento de quien

piense que este tipo de relatos obedecen simplemente al anhelo personal de quien lo experimenta, como por ejemplo podría suceder en un sueño (si alguien desea fervientemente entrar en contacto con un familiar difunto, puede ocurrir perfectamente que lo sueñe). Del mismo modo, al aproximarse a la muerte, un fuerte deseo podría parecer que se cumplía, y posteriormente podría manifestarse como un hecho real, en el caso de que existiese un proceso fisiológico mental que se prolongara durante un cierto tiempo, más allá del instante en que se detuviese el funcionamiento cardíaco. En el último caso descrito, el hombre que acompañaba a la abuela de la persona que tuvo la experiencia –su padre biológico– era absolutamente desconocido para ella y solamente lo reconoció, por primera vez, al ver la fotografía que le mostró su madre poco antes de fallecer.

Casi todos estos relatos terminan cuando se alcanza una luz extremadamente intensa y acogedora a un tiempo, la cual, según sea el antecedente religioso del protagonista, se identifica como Jesús, Buda, Alá, etc. Entonces se establece una profunda comunicación, supuestamente telepática, a través de la cual quedan instantáneamente solventadas todas las dudas y

preguntas, así como el conocimiento de todos los hechos pasados, presentes y futuros, adquiriendo una sabiduría sin límites que permite comprender plenamente el sentido de la propia vida y del universo entero. Sin embargo, no existe posibilidad alguna de poderlo transmitir posteriormente al mundo de los «vivos». Sin que se sepa el motivo, «al volver», es imposible expresarlo; únicamente permanece el recuerdo de haber obtenido este don en un momento dado del «viaje». A partir de ese instante, se observa como una especie de «frontera» y la certeza de que, traspasarla, significa la imposibilidad de una vuelta atrás. Es en ese preciso momento cuando puede percibirse que «aún no ha llegado la hora» para aquellas personas que recobran la conciencia y la vida.

No obstante lo expuesto hasta aquí, no hay que olvidar que también se constatan experiencias aterradoras, desprovistas de emociones positivas, en las cuales el protagonista describe hechos que no duda en calificar de «infernales». Habla de tinieblas insondables, de gritos de dolor, de carcajadas terribles, de fuego y criaturas horrorosas y amenazadoras, de odio infinito.

Todos estos testimonios, y muchísimos más de semejantes, pueden creerse o no. Ello dependerá del grado de credulidad o de escepticismo de cada cual. Es innegable que las experiencias en el umbral de la muerte provocan gran fascinación, porque alimentan nuestras expectativas sobre la posible continuidad de una vida más allá de la actual. También es cierto que la literatura sobre este tema ha proliferado por razones comerciales, y que no siempre posee la solvencia y la credibilidad suficientes como para ser aceptada. Personalmente, pienso que las experiencias en el umbral de la muerte, cuando están suficientemente contrastadas y provienen de casos totalmente documentados, con nombres y apellidos de los protagonistas, reflejan una realidad incontestable que difícilmente puede formar parte de un engaño.

Además, la gran mayoría de las personas que «vuelven» muestran una gran decepción, una sensación muy desagradable y un cambio profundo en su personalidad, así como una modificación radical en su escala de valores. Y a pesar de que se constata una mayor frecuencia de dichos fenómenos en niños y adolescentes, todo el mundo puede experimentarlo en un

momento dado, independientemente del sexo, los antecedentes culturales, la clase social o su religión. Casi siempre los afectados se vuelven más indulgentes respecto a su entorno, así como emocionalmente más positivos; su relación con los demás es notablemente más tolerante y aumenta su espíritu de servicio. Aman más la naturaleza y, también todas ellas, manifiestan *a posteriori* la desaparición del temor a la muerte.

El tema de los brujos o curanderos creo que merece un comentario aparte. La figura de este personaje está presente en algunas sociedades tribales. Se trata de una especie de sacerdote –o de sacerdotisa–, respetado y honrado por los miembros de su comunidad, que se caracteriza por poseer una gran sensibilidad psíquica y al cual se le atribuyen poderes mágicos y de adivinación, así como la capacidad para curar ciertas enfermedades.

El brujo o curandero pasa por una fase de iniciación, aislado del grupo al cual pertenece y que, a grandes rasgos, consiste en superar una serie de disciplinas, tanto físicas como psicológicas –no exentas de grave peligro– a las cuales es sometido por un maestro experto. Cuando el aspirante alcanza los conocimientos y la sabiduría

necesarios y es confirmado ritualmente por su «tutor» se reintegra al lugar del cual proviene, al objeto de ejercer de sanador y de adivino, así como para llevar a la práctica los poderes que ha adquirido de forma pretendidamente sobrenatural, a través de su contacto con el más allá y los espíritus que lo habitan.

A nosotros, occidentales por nacimiento y cultura, todo ello nos puede resultar más bien increíble o, como mínimo, incomprensible. No obstante, son evidentes ciertas similitudes entre las habilidades de los brujos y curanderos para entrar voluntariamente en contacto con «el mundo de los muertos» por medio de un «viaje místico» y las experiencias en el umbral de la muerte ya relatadas. Podemos ser escépticos o creer que realmente existe cierto parecido entre ambas, pero lo que es innegable es la realidad contrastada de algunos poderes que realmente poseen ciertos brujos y curanderos.

Finalmente, y para terminar este capítulo, quizá no sería necesario añadir que la plegaria o la meditación, si son honestas, profundas y están asistidas por Dios –sea cual sea el nombre de la religión que se les asigne– también pueden ser el modo de ponernos en contacto

con el más allá. Muy a menudo, la cumbre de una montaña puede alcanzarse a través de distintos caminos.

REFLEXIONES EN TORNO A LA MUERTE

Consideraciones generales

La muerte –como la vida– tal como la hemos contemplado en el capítulo anterior, no siempre es fácil de definir. La cuestión primordial, probablemente, consiste en responder a la pregunta «¿la muerte es el final o el principio?» A mi modo de ver, se trata de dos etapas de un mismo recorrido; dos caras de la misma moneda. Así pues, aún creyendo que la muerte solo consiste en la evolución de un estado de conciencia –¿qué sentido tendría, si realmente se tratase de emprender segundas partes de la vida sin recordar las anteriores, tal como se postula en la teoría de la reencarnación? (véase más adelante el capítulo «El más allá»)– i que, por consiguiente, nacer, o probablemente ser concebido, ya significa entrar en la eternidad, confieso que, la muerte, no acabo de entenderla.

Teniendo en cuenta que solo los humanos –aunque quizás no todos– somos conscientes de nuestra ignorancia y nuestra finitud (se ha afirmado que el hombre es el único animal que sabe que ha de morir), solo soy capaz de afirmar, sin temor a equivocarme, que

veo la muerte como inevitable y cercana y que, me consta, nunca llama a la puerta ni pide permiso para entrar. Además, no puedo evitar la gran inquietud que me provoca porque, aún considerándola como una parte intrínseca de la vida, precisamente es la misma vida la que, para mí, representa un misterio absoluto. No comprendo por qué morimos, porque ignoro por qué nacemos. Y en este contexto, puede parecer como si la muerte siempre fuese «la de alguien más o menos lejano», y solo cuando nos golpea de cerca o el golpe va dirigido a nosotros mismos y la tenemos muy cercana sentimos un escalofrío. Es probable que la inexistente cultura de la muerte sea la razón por la cual nos inspira un sentimiento desmesurado de pánico, precisamente por su desconocimiento, lo cual origina que vivamos de espaldas al hecho natural de morir.

No hallo una explicación convincente que justifique el dolor que sufre la mayoría de seres humanos antes de morir. ¿Por qué la larga agonía del anciano que, aún sufriendo, se aferra desesperadamente al hilo de la vida que aún le queda? ¿Qué sentido tiene el niño que termina su vida sin que, como quién dice, no haya empezado a vivir? ¡Qué tristeza, Dios mío, cuando un

muchacho o una muchacha dice «adiós» en la flor de su juventud! El fallecimiento de algunas personas –y más cuanto más cercanas–, me afectan profundamente, supongo que, más o menos, como a todo el mundo.

La muerte de un ser querido cercano, inevitablemente nos recuerda la propia, y también se suele decir que es como si muriese una parte de nosotros mismos. Realmente, la muerte de aquellos que amamos es una de las experiencias más impresionantes y tristes que puede experimentar el ser humano. Como mortales que somos, dependemos de situaciones que se sitúan fuera de nuestro control, y acostumbrados como estamos a conceder demasiada importancia a los bienes materiales, cuando se sufre una pérdida que afecta a los sentimientos, es posible caer en un estado de rechazo irracional y de desconsuelo, que puede prolongarse durante años, dejando en evidencia frases tales como «el tiempo todo lo cura», «trata de distraerte», «la vida continua» u otras semejantes.

Y después, ¡cuántos pensamientos y preguntas sin respuesta pueden surgir, o incluso auto reproches! Tal vez lamentemos no haber dicho aquello que querríamos

haber dicho, o no haber hecho lo que hubiéramos deseado hacer: «no fui capaz de manifestarle en vida cómo la/lo amaba...»; «¿cuánto tiempo hacía que no la/lo abrazaba...?»; «¿por qué fui tan poco comprensivo...?» Solo los recuerdos de ternura, o creer en un futuro reencuentro puede representar una fuente de consuelo y de esperanza, si bien nuestra fe en la resurrección y la trascendencia fuesen suficientemente firmes, el miedo y el rechazo a la muerte no tendrían razón de ser. ¡Evidentemente que la muerte nos causa temor! Todo lo desconocido atemoriza. ¡Ah, si fuésemos capaces de transformar el miedo en gozo! De todos modos, quizás lo que más nos perturba, no es tanto su proximidad en sí, sino los sinsabores que acostumbran a acompañarla y que ponen de relieve el fin que se aproxima: ingresos hospitalarios, análisis clínicos, tal vez intervenciones quirúrgicas, esperas inquietantes y todo el dolor y la tristeza consecuentes propios, así como de las personas más allegadas.

Parece como si, a medida que se consiguen más avances científicos, más crece el temor a la muerte. Se nos enseña a vivir como si en este mundo hubiéramos de ser inmortales y, acostumbrados a acumular bienes

materiales, perderlo todo nos horroriza y preferimos no pensar en ello o «dejarlo para más adelante». Finalmente, maquillarán el difunto como si tuviese que asistir a una fiesta y trataremos que los niños ignoren la realidad.

Además, sea cual sea la circunstancia, morimos en la más profunda soledad. Tanto da encontrarse acompañado en casa –en el mejor de los casos– por la familia y seres queridos, o por personal médico en un hospital, o rodeado de tubos, sondas y aparatos diversos *ad hoc*. En la fase final, cuando ya no exista ningún tipo de comunicación, nos daremos cuenta que nuestra sociedad, tan avanzada, ayuda a prolongar la vida, pero desatiende el acto de morir. Es por dicho motivo que tener noticias de alguien que afronta un desenlace inminente con paz y dignidad, nos sorprende y nos admira. De todas formas, no hay duda que vivir pensando constantemente en la muerte sería un malvivir.

El duelo

Creo que lo que ha venido en llamarse «elaboración del duelo» merece un tratamiento aparte, sin pretensión didáctica alguna, sino únicamente porque quién haya vivido alguna de las experiencias que se describen a continuación, se sienta reconocido y comprendido, y, asimismo, signifique una ayuda –aunque solo sea en el aspecto teórico– para identificar y comprender mejor cuales son los sentimientos de las personas que han sufrido la pérdida de un ser querido y, en cierta medida, poder compartir su angustia.

Evidentemente, no es lo mismo recuperar el equilibrio emocional tras el fallecimiento de la madre o el padre, que de un hijo, de la pareja, de otros familiares o de un amigo, por poner un ejemplo. Hay particularidades que tienen una incidencia podríamos considerar de carácter general, como son la estabilidad psíquica del afectado, la circunstancia concreta de cada caso (una larga enfermedad; un accidente inesperado...) o la religión y el nivel de espiritualidad de cada cual. Pero no hay duda que el grado de relación con el difunto constituye un

factor determinante. El fallecimiento de la madre, del padre o de un hermano de edad avanzada representa, sin duda, la pérdida de una parte importante de nuestros orígenes pero, a pesar de la tristeza siempre presente en estos casos, se acostumbra a asumir con resignación, pero, sobre todo, se acepta como un hecho natural que, tarde o temprano, ha de suceder, y el vacío que lógicamente deja la ausencia de los progenitores, así como todo el afecto que se haya podido recibir de ellos, es menos difícil de llenar que cuando es un hijo quien nos precede en recorrer el último tramo del camino. Esta es, sin duda alguna, una experiencia angustiosa por antinatural; una vivencia inmensamente dolorosa, difícil de ser superada por cualquier otro hecho. Puede vivirse como si se quebrase una línea de continuidad, y es en estos casos cuando los progenitores pueden quedar totalmente desconcertados y reaccionar de formas distintas y contrapuestas, desde la aceptación resignada hasta la confusión, el resentimiento o el enojo. Todo puede ocurrir e incluso la vida de la pareja puede resultar profundamente afectada, para bien o para mal, porque, por ejemplo, uno de los actos externos más representativos de la tristeza, como es el llanto, existe una diferencia esencial entre la manifestación masculina

y la femenina: no es de buen ver que el hombre llore ante los demás, porque ello parece que vaya en contra de su masculinidad. Sin embargo, nuestra sociedad interpreta y acepta como un hecho natural las lágrimas de la mujer. Es necesario, pues, que esta forma diferente de mostrar la tristeza de cada miembro de la pareja sea comprendida recíprocamente, para evitar confusiones y, de esta forma puedan seguir su camino unidos y aceptando que, a menudo, el mejor acompañamiento es la simple presencia y el silencio. Si la pareja está divorciada, puede caerse en la tentación de –aunque solo sea de pensamiento– culpabilizar-se mutuamente por creer que el hijo fallecido no ha sido atendido apropiadamente. En estos casos es necesario ser comprensivo y entender que cualquier padre o madre, siempre desea lo mejor para sus hijos, a pesar de que en algunas ocasiones no acierte en la mejor manera para conseguirlo.

La desaparición de un miembro de una pareja, causará un trastorno muy diferente, en función de la edad de los afectados. En la pareja joven representará la rotura brusca de un proyecto de vida en común, un final avanzado de aquello que aún no había culminado, la

destrucción de una parte posiblemente importante del futuro. En la pareja mayor, en general, significará el final de muchos años de convivencia, y, aún siendo sabido y presagiado [el fallecimiento], no por ello será menos triste, con el consiguiente sentimiento de soledad y desamparo que acompañará a la persona que quede viuda.

Al deceso de un hermano menor, adolescente, o joven, que viva bajo un mismo techo, muy a menudo no se le concede la importancia que realmente tiene. El hermano o hermanos sobrevivientes –curiosamente del mismo modo que las personas mayores– experimentarán vivencias de soledad y de desestructuración familiar, que habrá que tener muy en cuenta, tanto por parte principalmente de los progenitores, como por otras personas de su entorno.

El fallecimiento de otros familiares –abuelos, tíos, primos, sobrinos, etc.–, así como el de amigos entrañables, lógicamente causará un impacto proporcional al grado de relación existente, aunque, en principio, nunca como el que pueda originar el de un familiar cercano.

Querría añadir algo más a propósito del suicidio, aún a sabiendas de la dificultad que representa conocer el pensamiento íntimo de alguien que decide quitarse la vida voluntariamente. Por esta misma razón, soy incapaz de juzgar ningún tipo de comportamiento en este tema. De hecho, pueden existir diversas clases de motivación, e incluso contrapuestas entre sí, cuando alguien «tira la toalla» (amor, odio, desesperación, cobardía, heroicidad, honor...) y de ejecución (directa y rápidamente, o de forma lenta solicitando la ayuda de alguien...). Respecto a las personas que sobreviven al suicida, pueden darse reacciones diversas e incluso opuestas: reproches, admiración, consternación, desconcierto... En esta cuestión tendrá gran influencia el motivo –si es que se conoce– del acto y la forma de llevarlo a la práctica. En cualquier caso, solo es posible lamentar, si la persona nos era cercana, no haber previsto el trágico final, intentando ayudarla, si es que ello era posible. Y rogar por ella.

Con referencia a la elaboración del duelo en general, es fácil entender que, en cualquier caso, si no se es capaz de superarlo en un período de tiempo razonable, cuando

no es suficiente la colaboración de la familia y/o amistades, o cuando se aprecian síntomas de depresión, es necesario recurrir a la ayuda profesional y compartir los sentimientos con grupos terapéuticos de ayuda mutua, sin temor a que ello pueda parecer un signo de carácter débil.

Finalmente, también querría dejar constancia de la curiosa costumbre existente en el pasado siglo, y que consistía en vestir «de luto», como mínimo durante un año, y no aceptar ningún tipo de felicitación, así como dejar de asistir a según qué espectáculos, todo ello para mostrar externamente el dolor por el fallecimiento reciente de un familiar cercano. Igualmente, era inevitable explicar, repetidas veces, los detalles del óbito a las personas que, con una indudable buena voluntad, deseaban conocer «cómo habían acaecido los hechos», e intentaban dar consuelo con frases hechas. Actualmente, al igual que en tantos otros aspectos de la vida, se ha ido de un extremo al opuesto, porque ha desaparecido todo tipo de signo externo, aunque, en cierta manera, esto no deja de ser positivo, ya que la verdadera tristeza se esconde dentro del corazón. Pero es que, más allá de la discreción, parece como si hablar del tema de la muerte

se haya convertido en una especie de tabú; como si el simple hecho de mencionarlo traiga mala suerte...

¡Al fin, libres!

Por otra parte, ¿qué es la vida si no un camino hacia la muerte, un puente que hay que cruzar para ir de la nada al más allá? ¿Qué es nuestro cuerpo si no el «envoltorio» que hay de vestir para transitar por dicho puente? No creo que los humanos «seamos» un cuerpo, sino que más bien «tenemos» un cuerpo, talmente como un vestido que va envejeciendo sin tregua, y que, en un abrir y cerrar de ojos, inexorablemente, habrá que abandonar cuando lleguemos al final del puente, para que nuestro verdadero ser se realice en su totalidad y pueda proseguir su camino. Tal vez no sería necesario exagerar a la hora de cuidar nuestra imagen externa. Es aceptable desear una correcta calidad de vida y tener un cierto sentido estético, pero sin perder de vista cómo acabará todo, tarde o temprano. Y, muy probablemente, cuando

hayamos atravesado el puente, nos daremos cuenta que ahí detrás, nosotros, los llamados «vivos», solo éramos unos intrusos y que aquello, en realidad, era tan solo el preámbulo de la vida verdadera, un paréntesis, un sueño del cual la muerte nos ha despertado. Eso sí, mientras dure este peregrinaje, la vida –la nuestra y la de los demás– es lo más valioso que poseemos los humanos, porque es el único medio que tenemos a nuestro alcance para poder obtener la plenitud y es, al mismo tiempo, el milagro más extraordinario que nos podamos imaginar.

Considero, por lo tanto, que las experiencias en el umbral de la muerte, descritas y comentadas en el capítulo anterior, podrían interpretarse como un preludio del desenlace final; el nexa entre la vida terrenal –el puente, el sueño– y el estado definitivo, en donde –dicen– no existe ni el tiempo ni el espacio (lo cual, sinceramente, hay que reconocer que es más bien difícil de comprender para el entendimiento humano). Y, si partimos de la base que nadie ha regresado a la vida, una vez traspasada la frontera del no-retorno, cualquier hipótesis al respecto es pura imaginación. El filósofo griego Heráclito de Éfeso (550 - 480 aC) ya afirmó que lo que nos espera a los humanos tras la muerte no será,

en modo alguno, ni lo que imaginamos ni lo que sospechamos. Todo son, pues, hipótesis, pero creo que únicamente en la forma pero no en el fondo. En cambio, en relación a todo lo que se ha nombrado y descrito como experiencias en el umbral de la muerte, sí que cuentan con numerosos testimonios plenamente fiables.

Pero, a pesar de todo el temor y la tristeza que me produce la muerte en general, creo que nada es en vano y que, al morir, el ser humano será por primera vez totalmente libre y que, haciendo uso de esta libertad, podrá juzgarse por primera vez a sí mismo, por encima de cualquier circunstancia, con plena capacidad para reconocer fielmente lo que haya sido su historia personal; asumirá el bien y el mal vividos con absoluta autenticidad; llegará el momento de aceptación de las culpas, de responder SÍ o NO; tendrá que tomar una decisión radical, que lo conducirá a gozar definitivamente de la presencia de Dios para toda la eternidad, o a hundirse en el horrible tormento que ha de significar rehuir la mano tendida del Todopoderoso.

EL MÁS ALLÁ

Algunas de las teorías occidentales, así como del próximo Oriente respecto a la inmortalidad del alma, pueden resumirse por orden cronológico, y a grandes rasgos –en realidad, en una muy breve pincelada para no aburrir–, de la siguiente forma:

Según el Antiguo Testamento, los judíos, cuando morían, iban al Sheol, el cual, Job, nos describe como un lugar de sombras y de tinieblas, es decir, el reflejo de una inmortalidad realmente poco deseable.

Los griegos antiguos nos aportan una versión parecida: el Hades, un mundo subterráneo y tenebroso, no mucho más atractivo que el Sheol hebreo.

Platón (siglo IV aC), afirmaba que la belleza, el bien y la justicia configuran la única verdad de la existencia humana, y que el alma es inmortal porque es esencia divina y el cuerpo equivale a un vehículo, la función del

cual consiste en permitir al alma obtener la pureza y la perfección definitivas a través de sucesivas reencarnaciones.

Los atomistas (Epicuro, 341-270 aC) sostenían el razonamiento filosófico según el cual la existencia del alma depende totalmente del cuerpo, y que la extinción de éste, implica inexorablemente también la del alma.

La visión del cristianismo antiguo –como argumentaba, por ejemplo, san Pablo– es que el cuerpo y el alma están unidos y, aunque la muerte los separe temporalmente, volverán a unirse en el momento de la resurrección. De todas formas, cuando hablamos de la resurrección, hay que tener muy en cuenta –es especial cuando lo hace san Pablo, a menudo con su lenguaje simbólico– de no interpretar literalmente sus palabras, porque él, sin duda, se refiere a una resurrección en el espíritu. Según nos afirma el mismo Jesús (Jn 5,28-29): *No os admiréis de lo que estoy diciendo, porque llegará el momento en que todos los muertos oirán su voz y saldrán de las tumbas. Los que hicieron el bien, para una resurrección de vida; los que obraron el mal, para una resurrección de condena.* Pero en ningún caso debe

interpretarse como una resurrección física, es decir, volver a tener el mismo cuerpo que el que se tenía en la vida terrenal, lo cual sería equivalente a revivir un cadáver –¡ay de nosotros si fuese así!– sino como la culminación de la existencia humana, en un aspecto estrictamente espiritual. Igualmente conviene recordar la respuesta de Jesús a los saduceos, los cuales negaban la resurrección, cuando le presentaron un caso hipotético, preguntándole de cuál de los siete hermanos sería la viuda, la mujer que hubiera estado casada con todos ellos, al ir muriendo todos sucesivamente (Mt 22,29-32): *Jesús les contestó: Estáis muy equivocados, porque ni conocéis las Escrituras ni tenéis idea del poder de Dios. En la resurrección ya no habrá matrimonios, sino que todos serán como los ángeles que están en el cielo. En cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído que Dios os dijo: “Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”? Pues bien, él es Dios de vivos y no de muertos.* Creo que la resurrección, teniendo en cuenta que la visión humana del tiempo, en el horizonte terrenal, no guarda ninguna similitud con la infinitud de la vida que nos aguarda, dará comienzo en el mismo momento de la muerte para alcanzar su plenitud en el juicio final. Recordemos las palabras de Jesús en la

cruz, dirigidas al ladrón arrepentido: *Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23,43).

Pero, siguiendo con el tema del más allá, conviene recordar que estamos en pleno siglo XXI y, con el riesgo que comporta toda simplificación, puede afirmarse que existen dos teorías principales para explicar la supervivencia, o no, tras la muerte:

a) La «mecanicista», que consiste en una visión puramente materialista de la vida y que, por tanto, interpreta que la conciencia solamente es un producto del cerebro, y que cuando la función de éste se extingue, se accede a un final definitivo. Esta teoría califica de ilusión sin fundamento alguno creer en la inmortalidad o, en otras palabras, en una continuidad después de la muerte, y, asimismo, afirma que la vida *post mortem* simplemente consiste en una teoría fruto del miedo de aquellos que temen su desaparición absoluta.

b) La otra teoría, la «dualista», sostiene que el espíritu de las personas sobrevive a la muerte corporal. En Oriente, las doctrinas de tipo budista e hinduista advocan por la reencarnación o transmigración del alma. Personalmente, soy más bien escéptico respecto a estas creencias (ya lo manifestaba en el capítulo anterior)

porque, a pesar de que se conocen historias aparentemente verídicas de reencarnación, en las cuales los protagonistas parece que realmente recuerden detalles sorprendentes de vidas supuestamente anteriores, estos casos son muy puntuales y soy incapaz de comprender qué sentido tendría «repetir» una vida sin recordar las que se hayan podido vivir con anterioridad y, consiguientemente, poder rectificar faltas y errores cometidos, para ir evolucionando positivamente a través de sucesivas reencarnaciones que, al fin y al cabo, es de lo que se trataría. Las hipótesis alternativas a la veracidad de esta creencia pueden ser diversas: ¿clarividencia inconsciente de hechos pasados?, ¿transmisión de personalidad y conocimientos a través de la memoria genética (como, por ejemplo, ser capaz de tocar un instrumento musical o hablar un idioma diferente del propio sin ningún estudio previo)?, ¿fraude?, ¿ilusión? Todas las opiniones son respetables si se basan en argumentos sólidos y honestos, como la del lama –según dicen, reencarnado– Sogyal Rinpoché, el cual, resumiendo, afirma que nuestra verdadera naturaleza existe y sobrevive independientemente de si recordamos o no nuestras vidas precedentes y añade, a modo de ejemplo, que haber olvidado hechos ocurridos

en nuestra infancia no significa en modo alguno que no hayan sucedido. La reencarnación también se podría justificar, como una manera de descubrir el sentido de la vida actual, especialmente en las causas del sufrimiento, al interpretarla como una especie de «penitencia» para «purificar» comportamientos reprobables de existencias anteriores.

En Occidente, las religiones cristiana, judaica e islámica creen en una vida del alma posterior a la muerte física y, siendo la cultura occidental aquella con la cual me siento más identificado y, naturalmente, respetando absolutamente las creencias de cada cual, intentaré hablar del cielo, el purgatorio y el infierno, desde un posicionamiento cristiano, siendo plenamente consciente que hacerlo en plena era de la tecnología y la modernidad acelerada que nos ha tocado vivir hoy en día, puede resultar ingenuo, infantil o incluso ridículo. Tanto da, porque, tal como aducía en la Introducción, teniendo en cuenta que soy incapaz de demostrar nada en este sentido, me limitaré a exponer lo que creo personalmente, sin ningún tipo de pretensión, argumentando y sugiriendo todo aquello que crea que pueda ayudar a reflexionar.

El principal error creo que consiste en hablar de «lugares», cuando lo más probable es que se trate de «estados» del espíritu. Aparte de mi modestísima opinión, ya manifestaron pareceres similares –especialmente respecto al purgatorio–, tanto el papa Juan Pablo II como Benedicto XVI. Según palabras literales de este último: *El purgatorio no es un lugar en el espacio, sino un fuego interior que purifica el alma del pecado en el camino de la plena unión con Dios.* De todas formas, es evidente que resumir, como quién dice en cuatro líneas, mi pensamiento sobre el más allá resulta casi imposible, ni lo pretendo. Estoy plenamente de acuerdo con san Pablo cuando afirma: *Ahora vemos confusamente, como por medio de un espejo; pero vendrá un día en que veremos cara a cara. Ahora conozco solo de forma limitada; entonces conoceré del todo, como Dios mismo me conoce.* (1Co 13,12). Solo trataré de establecer una sencilla aproximación sobre lo que entiendo por infierno, purgatorio y cielo, en este mismo orden, anticipando que creo que el ser humano es, ante todo, futuro y que es en esta vida cuando empezamos a andar el camino hacia la eternidad; en otras palabras, a forjar nuestra continuidad una vez

cruzado el «puente»; también, claro está, de acuerdo con cual sea nuestra respuesta ante Dios.

El infierno

De acuerdo con lo ya dicho, el infierno se ha considerado –discutiblemente– como un «lugar». En principio basta con observar que se trata de una palabra que proviene del latín *infernus*, que significa exactamente «inferior», por creer que se refiere a un espacio situado «más abajo», concretamente debajo de la Tierra. Como ejemplo, también merece tenerse en cuenta la mitología egipcia, la cual consideraba que los difuntos viajaban al mundo «subterráneo» para someterse al juicio del dios Osiris, y es por esta razón que los egipcios acostumbraban a depositar el llamado Libro de los Muertos (*Peri Em Heru*) al lado de las momias, para que el cadáver tuviese a su alcance el texto consistente en sortilegios, encantamientos y fórmulas mágicas y, de esta forma, poder superar los peligros que pudiera hallar

por los diferentes lugares por los que fuera discurriendo durante su viaje al más allá. El mismo cristianismo, sin ir más lejos, acostumbra a definir el infierno como «el lugar de condena eterna», por culpa del pecado. No obstante, considero muy acertadas las palabras que pronunció el papa Juan Pablo II en la catequesis que impartió ante ocho mil fieles en el Vaticano, el 28 de julio de 1.999: *Las imágenes con que las Sagradas Escrituras nos presentan el infierno, han de interpretarse correctamente. Dichas imágenes indican la absoluta frustración y vacuidad de una vida sin Dios. El infierno refleja más que un lugar, la situación en que se encuentra aquél que, libre y definitivamente, se aleja de Dios, fuente de vida y gozo.*

En realidad, del infierno y del diablo se ha hablado a menudo con frivolidad, y en numerosas ocasiones solo para atemorizar. ¿Quién es el que no ha escuchado en su infancia la frase «si no eres bueno irás al infierno»? Y –lamento decirlo– ¿cuántos curas, especialmente de generaciones anteriores, no han amenazado a los pobres pecadores con el argumento de la condena eterna? Pero la realidad es que, del infierno, nadie ha podido

demostrar nunca su existencia, y aún menos sus características.

Personalmente, prefiero creer que, una vez fallecidos, Dios nos ofrecerá participar en su proyecto de amor eterno. Y nosotros podremos responder libremente con nuestra adhesión o con nuestro rechazo. Si tomamos esta última decisión, seremos nosotros los que construiremos nuestro propio infierno, el cual consistirá, consecuentemente, de una obra humana o de los renegados de Dios, pero en ningún caso de una creación divina.

Pero este infierno ya se habrá iniciado en vida, a causa de nuestro desmesurado egoísmo, por la escasa respuesta ante el dolor ajeno, por la incapacidad de amar a nadie y por la radical negación de Dios; en definitiva, por nuestro pecado grave y persistente.

Sin embargo, alguien podrá preguntarse: «¿cuándo he dejado de amar a Dios, o he permanecido indiferente ante sus requerimientos?». El evangelista Mateo nos lo especifica muy claramente (Mt 25,41-45), poniendo en boca del Señor las siguientes palabras en el juicio final:

¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles! Porque estuve hambriento, y no me disteis de comer; estuve sediento, y no me disteis de beber; llegué como un extraño, y no me recibisteis en vuestra casa; me visteis sin ropa y no me la disteis; estuve enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis [...] Os aseguro que cuanto no hicisteis a favor de estos más pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis. Dios se manifiesta, por lo tanto, en el hermano que nos necesita, y acogerlo con generosidad significa cruzar el umbral de la puerta que nos conduce a la conversión y a la esperanza. Negarnos a ello, nos conducirá irremediablemente al infierno, el cual significará el fracaso absoluto y definitivo del ser humano que, en vida, habrá preferido encerrarse en sí mismo, en lugar de abrazar a Dios y a sus semejantes. Será la frustración total e irreversible que la muerte certificará, excluyendo toda posibilidad de retorno.

No es fácil imaginar cómo será el tormento del infierno, a pesar de que se haya escrito profusamente sobre ello. Dante, por ejemplo, lo hizo en el siglo XIV en su obra *La Divina Comedia*, en la cual recreó poéticamente todo el universo de la época, refiriéndose

al infierno en forma de alegoría, describiéndolo como un precipicio, en el cual los tormentos son más terribles a medida que se va descendiendo. Es impresionante la aseveración que figura en la puerta infernal del canto III, 9: *¡Abandonad toda esperanza los que habéis entrado!*

Y cuando en las Sagradas Escrituras se menciona el fuego, hay que interpretarlo en su sentido simbólico, el cual equivale al dolor más atroz posible, teniendo en cuenta que el fuego en sí mismo no puede afectar lo inmaterial, puesto que los espíritus no pertenecen a este mundo. Así pues, el infierno, a mi modo de ver –lo repito–, no ha de considerarse en ningún caso como un «lugar», sino como un estado del alma.

La condenación eterna será un tiempo sin fin; un presente inacabable; un futuro imposible. ¡Dios nos libre!

El purgatorio

¿Existe el purgatorio? ¡Qué comprensible y profunda es al mismo tiempo la interpretación del *YouCat*, Catecismo para jóvenes, en su página 96!: *Cuando Pedro traicionó a Jesús, el Señor se giró y miró a Pedro y Pedro salió afuera y lloró amargamente. Este es un sentimiento como el del purgatorio. Y un purgatorio semejante nos espera probablemente a la mayoría de nosotros en el momento de la muerte: el Señor nos mirará lleno de amor, y nosotros experimentaremos una vergüenza ardiente y un arrepentimiento doloroso por nuestro mal comportamiento, quizás «solo» falto de amor. Únicamente tras este dolor purificador seremos capaces de contemplar su mirada amorosa en la perfecta alegría celestial.*

Dios es infinitamente misericordioso, tal como lo expresó maravillosamente en un sermón el poeta y predicador anglicano John Donne (Londres, 1572 - 1631): *Algunos creen que la misericordia divina consiste en que Dios se compadece de nosotros cuando somos desgraciados; pero esta no es la misericordia*

divina, sino la misericordia humana. La divina es que Dios nos creó cuando no existíamos. Aunque también creo que si Dios es infinitamente misericordioso, porque nos ha creado para la eternidad, también debe ser esencialmente justo, porque no puedo imaginar que aquél que haya sido honesto y generoso, íntegro y sencillo, reciba el mismo trato que el egoísta, el aprovechado o el que haya abusado de los demás en beneficio propio, sin ningún escrúpulo ni miramiento a lo largo de su existencia.

Ciertamente que es muy difícil, por no decir imposible, aproximarse a la perfección en esta vida. La inmensa mayoría de los humanos llegamos al final del trayecto con no pocos defectos acumulados durante largo tiempo. No obstante, si no hemos vivido una trayectoria gravemente pecaminosa, tal como se describe al mencionar el infierno, creo que Dios nos ofrecerá la posibilidad de reparar nuestras faltas y nuestros errores. El purgatorio es el estado de las almas que aguardan el encuentro definitivo con Dios. Probablemente, se alternarán la risa y el llanto, pero de ninguna manera hay que contemplarlo como un apéndice del infierno, talmente como si se tratara de un castigo terrible, sino

todo lo contrario: hay que interpretarlo como una antecámara del cielo, donde las almas ya podrán gozar eternamente de la presencia del Señor.

La vida en este mundo es tiempo de conversión. Todo lo que se haya hecho mal o se haya dejado de hacer habrá que hacerlo, y hacerlo bien, tarde o temprano en el purgatorio; habrá que «saldar deudas». Ningún pensamiento, ninguna palabra, ninguna acción, para bien o para mal, habrá caído en saco roto. Será entonces cuando ya no se podrá dar «gato por liebre», pero con la certeza de que Dios siempre tiene los brazos abiertos para acoger al hijo pródigo.

Y aún podríamos formularnos otra pregunta: «¿tiene sentido orar a favor de las almas del purgatorio?». Para un creyente no ha de resultar nada extraño orar por los familiares y amigos difuntos y por todo el mundo. Dirigir nuestra plegaria a Dios para que se apiade de las personas difuntas es una práctica absolutamente natural para el que confía en el perdón divino. Y teniendo en cuenta que difícilmente es posible pensar –por santa que haya sido la vida de alguien– que Dios lo acoja *ipso facto* en su Reino, lo que se está llevando a cabo al orar

por las almas del purgatorio es, de hecho, pedir al Señor misericordia para su proceso de expiación. Pero siempre con la certeza y el gozo de saber que se hallan ya en el camino de perfección, cada cual haciendo suya la promesa de Jesús, según nos relata el evangelista Mateo: *Venid, benditos de mi Padre; recibid en propiedad el reino que se os ha preparado desde el principio del mundo.*(Mt 25,34).

¡Qué gozo creer que el purgatorio, a pesar del dolor inherente a todo proceso de purificación, será el hogar de las almas plenas de esperanza por el futuro reencuentro con Dios!

El cielo

Considero muy apropiado el ruego que santa Teresa de Jesús hace en el capítulo I de las *Cuartas Moradas* de su libro *Las moradas* cuando dice: *Para comenzar a hablar de las cuartas moradas, bien he menester lo que he*

hecho, que es encomendarme al Espíritu Santo y suplicarle que, de ahora en adelante, hable por mi...
¡Cómo querría yo saber invocar el Espíritu Santo, para que inspirase mi imaginación al hablar del cielo! Porque, el cielo, como a Dios, nadie lo ha visto nunca y, consecuentemente, no se puede definir. Así y todo, creo que el cielo será la culminación del ser humano y de todo el cosmos, el cumplimiento de la promesa que nos llena de esperanza, el gozo eterno. Pero no puedo añadir mucho más. Por lo tanto –lo lamento: no querría decepcionar a nadie–, ante el cielo, no soy capaz de hacer otra cosa que postrar-me de rodillas ante el Absoluto, y guardar un profundo y emocionado silencio...

EPÍLOGO

Los avances tecnológicos disfrazados de progreso han puesto a nuestro alcance la posibilidad de provocar un cataclismo, y que nosotros mismos escribamos el punto final de la Tierra, acelerando así un proceso que tarde o temprano va a ocurrir, si bien se desconocen el cómo y el cuándo. Pero el día que esto ocurra, no habrá que contemplarlo en modo alguno, como el aniquilamiento total del ser humano y del universo entero, sino todo lo contrario. Creo que ese día, tanto el hombre como el cosmos en su totalidad, alcanzarán su plenitud porque, tanto uno como el otro, están impregnados de eternidad y forman parte del proyecto infinito de Dios. Toda la materia acabará como era antes de existir, es decir, en la nada. Y toda alma salvada volverá a su creador, santificándose en la unión perfecta con Él.

No obstante, por el momento, este mundo aún es como el ensayo de una orquesta que desafina mucho, a pesar de haber recibido más de un director competente –para

mí, el mejor, Jesús de Nazaret, ¡y lo crucificaron!—. Si observamos lo que la raza humana ha construido hasta el momento, sin tener en cuenta el camino recorrido, podríamos hundirnos en un profundo pesimismo. Las guerras, el hambre, las injusticias de todo tipo se hallan por doquier y parece que no se vislumbra el final. Lamento decirlo, pero mi percepción es que todos formamos como una especie de orquesta de músicos incompetentes.

A pesar de todo, no puede negarse una cierta evolución positiva. No todo está perdido, ni mucho menos. De vez en cuando surge alguien de corazón bondadoso, oculto generalmente en el anonimato, porque su modestia no le permite hacer ostentación. Y es precisamente por este motivo que los pequeños actos de amor suelen pasar desapercibidos. Hay veces en que la trascendencia se halla muy cerca de nosotros y no nos damos cuenta. Pero no hay que olvidar que la suma de pequeñas acciones puede iluminar nuestra esperanza. Y pienso que todos, sin excepción, tenemos algo que aportar en este aspecto: una sonrisa amable, un gesto acogedor, una actitud comprensiva y generosa hacia aquellos que nos rodean; capacidad para compartir la alegría y el dolor.

Los creyentes estamos obligados, más que nadie, a participar activamente en la construcción de un mundo mejor, porque –tal como se decía en el primer párrafo de la Introducción– la fe y la esperanza son hermanas, y las personas de buena voluntad somos depositarias de ellas, no para contemplarlas en actitud pasiva, sino para vivirlas plenamente, día a día, según la capacidad y las posibilidades de cada cual. No por ayudar a encender la luz del vecino nos quedaremos nosotros a oscuras.

La humanidad va evolucionando –muy lentamente– como lo hace, por poner un símil, el órgano del oído: el recién nacido empieza a percibir sonidos sin poder identificar su sentido, pero, poco a poco, va adquiriendo suficiente capacidad para poder reconocer e interpretar la musicalidad de las palabras, y cuando oiga pronunciar su nombre sabrá que es a él a quien se dirigen. Posteriormente conocerá el significado de frases breves y sencillas; ya adulto entenderá lo que digan los demás e incluso podrá dominar diferentes idiomas, será capaz de captar con sutileza la verdad o la mentira según la entonación del interlocutor y quizá aprenderá a oírse a sí mismo para ser más receptivo hacia su entorno. Y si su

sensibilidad alcanza un grado superior, gozará con los sonidos de la naturaleza, la poesía y la música.

También, aunque no muy a menudo, los medios de comunicación nos dan a conocer algún hecho de extraordinaria heroicidad. Por ejemplo, mientras escribo estas páginas, llega a mis oídos una espantosa tragedia sucedida en un colegio de Newtown, un pequeño pueblo de Connecticut en los EUA, el Sandy Hook, en donde un joven gravemente perturbado asesinó, antes de suicidarse, veintiséis personas, entre las cuales había veinte niños de entre cinco y diez años. Posiblemente un hecho semejante pueda ocurrir en cualquier lugar, pero me refiero a este caso concreto porque, a pesar del terrible drama vivido, ha existido una circunstancia que quizás no ha tenido suficiente eco, y que nos habría de hacer confiar en un futuro mundo mejor, el cual se aproxima lenta e imperceptiblemente, aunque a veces no lo parezca: el día 19 de diciembre de 2012 tuvo lugar el funeral de diversas profesoras de dicho colegio, entre las cuales había una chica de veintiséis años, es decir, en la flor de la juventud –Victoria Soto–, la cual protegió con su cuerpo el de sus alumnos para salvarles la vida.

Cuando los humanos seamos capaces de amar sin límites –como Jesús o la profesora del Sandy Hook–, la humanidad entera, sin duda alguna, emitirá una maravillosa sinfonía, las notas de la cual se elevarán hasta alcanzar, eternamente, el Reino de Dios.

No dudes en divulgar el contenido de este libro, si crees que ello puede ayudar a alguien. También puede accederse gratuitamente al texto a través del web www.imacxiom.com

Del mismo modo pueden obtenerse todos los libros publicados anteriormente dentro de esta colección:

- **Dios, ese desconocido** (Un testimonio de fe)